

# Fragmento del chico sin nombre

---

Pablo Racca es  
un escritor rosarino  
*[pabloracca.com.ar](http://pabloracca.com.ar)*

**Dos hombres**, como escena de fondo, pelean en medio de la plaza. Una discusión preludió al combate físico: los cuidacoches se disputan una cuadra del centro. O uno le robó la bicicleta al otro. O discuten por una mu-

jer. No hay más palabras, las palabras están durmiendo. Los golpes van y vienen, no son demasiado fuertes, tampoco son débiles. La pelea durará para siempre y la luna alumbrará.

La plaza a estas horas funciona como caja de resonancia de todo sonido emitido en alguna parte del barrio. Una mezcla de música indescifrable, risas provenientes de alguna

reunión, ladridos de perros trabajando en turnos rotativos, disparos que se confunden con explosiones de caños de escape, radios y televisores que la gente deja encendida como ruido de fondo antes de acostarse. El chirrido agudo de algún insecto. Los sonidos llegan hasta la plaza cansados y se entrelazan en un murmullo al que nadie presta atención, pero

que de faltar pondría en duda el paso del tiempo.

El chico sin nombre se sienta en el tronco del árbol quemado y fuma, pie derecho sobre el árbol —rodilla a la altura de la cabeza—, pierna izquierda colgando hacia abajo. El cigarrillo armado mezcla algunos polvos comprados al Curva, y es el tercer elemento en una serie de com-

puestos que ha consumido esta noche, entre ellos una pastilla con forma de confite color verde musgo que le dejó un sabor agrio en la boca. Tiene marcas violeta-oscuro alrededor de un ojo. Escucha a sus espaldas los golpes; él ya peleó y no recuerda el resultado o por qué lo hizo. La mente divaga, recostada sobre el colchón de plumas generado química-

mente. Exhala con un suspiro largo y espera con paciencia para volver a inhalar. Los pensamientos lo envuelven para elevarlo con el humo. Él quiere subir, arriba encuentra perspectiva. Por lo tanto, se eleva. Puede hacerlo tanto como quiera, desprendiéndose de los hilos que retienen las cosas abajo. Las sustancias que elige cada noche desajustan los nudos.

Desde arriba entiende que el tiempo es una sugerencia y el espacio, una consecuencia de la materialidad de los cuerpos. Que hay partículas elementales que configuran lo que existe, y que no dejan de vibrar porque tienen miedo a morir. Nada está quieto. Vivir es inquietud. El devenir de los cuerpos en los barrios marginales está atado a los mecanismos de una

gran maquinaria galáctica que determina cuán fácil es para algunos morir. La preocupación por la muerte proviene del aplastamiento que generan los engranajes de la máquina y provoca la ilusión de supervivencia. Quien respira, sobrevive. Pero apenas si alcanza el aire, y cada bocanada resulta más pesada, más desagradable, tóxica, apisonada, verde, ne-

gra, morada, arquea la garganta, tensa los músculos, dice *quiero salir* y no quiere volver a entrar.

El chico sin nombre baja de la nube, se sienta en el árbol y mira. Escucha los golpes a sus espaldas; él ya peleó. Los párpados entrecerrados esperan el momento justo para abrirse, para dar al ojo todo su lugar. Entonces el chico caminará por las ca-

lles del barrio vacío. Con cada paso  
hará avanzar la madrugada y acerca-  
rá el sol al horizonte. Desde las vías,  
sentado entre los durmientes, señala-  
rá las estrellas, las ocultará una a u-  
na, y anunciará en voz alta la secuen-  
cia de colores que se manifestarán en  
el cielo como hechicería cósmica.  
Subirá gradualmente el volumen del  
canto de los pájaros, sin preguntarse

cómo esos bichos persisten en este lugar, donde hay más basura que pasto, donde las copas de los árboles esperan el otoño para desaparecer. El día está en sus manos; el chico asumió esta responsabilidad y no puede dejar su puesto.

§